



Canarias

TEMAS ESPAÑOLES

NUM. 67

CANARIAS

Por

OCTAVIO DIAZ PINES Y FERNANDEZ-PACHECO

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

MONTE ESQUINZA, 6 - MADRID

1953

CANARIAS

*«Siempre han sido amadas
de los dioses las islas perdidas
en medio de los mares.»*

L. G. DE VEGUETA.

PROEMIO

Hay un aspecto, al hablar de las islas Canarias, digno de tenerse en cuenta, y del que se desprende una atmósfera especial. Nos referimos a su localización en el pasado, a ese matiz mágico y de penumbra con que se pierde en las lejanías de los tiempos el archipiélago de las Afortunadas.

Estas islas poseen un aire misterioso de fábula. Tierras paradisíacas. Islas de maravilla. Encerradas en la niebla del mito y la leyenda. Elevadas en el mar Tenebroso, confín del mundo. Frontera de singladuras oceánicas. Cercadas por el oleaje y acariciadas por sirenas y tritones. Creación alucinante del pulso febril de los cartógrafos. Tierra suave y codiciada...

Allí se daba el árbol maravilloso, el drago, cuya savia poseía la esencia de la inmortalidad. Allí se cultivaban las manzanas de oro, botín codiciado por los héroes mitológicos. Allí los genios de las tinieblas

encontraron cobijo en las bocas expectantes de sus montañas.

De aquellas tierras se desprendían pedazos flotantes que, en insospechada navegación, luciendo en sus lomos ciudades enteras, con sus obispos y sus santos, cruzaban los mares sembrándolos de milagros y rezos. También allí las almas de los bienaventurados gozaban y se deleitaban en una eterna posesión gloriosa.

Cada uno de los islotes de las Hespérides o de la Fortuna ofreció fantásticos hechos, sublimes sucesos, como una floración más de extraña exuberancia, a la curiosidad de cuantos intentaron franquear su enigma, alcanzar su verdad.

Nosotros, desde nuestro tiempo (menos vulnerable el aguijón de lo fantástico), intentaremos mostrar al lector unas Canarias menos legendaria y más real y efectiva, sin que esto suponga, por nuestra parte, menosprecio de aquella otra, escapada o huída como la filial de San Borondón, a la que hemos reservado un gran hueco en

nuestro corazón, para que nos asista cuando más perdidos estemos en la realidad circundante.

BOSQUEJO GEOGRAFICO

Etimológicamente, la palabra Canarias viene del latín *canariae*, forma de *canis*, perro, animal que abundaba mucho en aquellos lugares.

El archipiélago canario está comprendido entre los cabos Guer y Bojador (a 215 kilómetros al noroeste de este último), frente a la costa Mauritana Tingitana y en pleno océano Atlántico. Mil cincuenta kilómetros separan al islote de Graciosa, la más cercana a nosotros, de Cádiz, y 115 kilómetros hay de Fuerteventura a Cabo Jubi (Africa española).

Muchos geógrafos aseguran que las islas Canarias son prolongación de la cordillera del Atlas. Todas las montañas, picos y cabos patentizan que estas tierras son continuación del sistema orográfico vecino.

Trece islas forman el archipiélago canario, dos provincias de España desde septiembre del año 1927, que son: *Tenerife, Gran Canaria, Palma, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera, Hierro* y los islotes de *Aleganza, Graciosa, isla de Lobos, Roque del Este, Roque del Oeste y Montaña clara*.

Para llegar a estas islas no hay más remedio que atravesar el Océano. Los numerosos barcos que surcan el Atlántico meridional, ya sean ingleses, franceses, italianos, holandeses, escandinavos, españoles o iberoamericanos, hacen etapa en alguno de los puertos de estas islas.

Desde la Peínsula existen servicios de enlace periódicos con las Canarias, tanto desde Santander, Pasajes, Bilbao, La Coruña, Vigo y Gijón, como desde Sevilla, Cádiz, Málaga, Valencia, Alicante y Barce-

lona. Asimismo hacen escala en estas islas los buques españoles que realizan la travesía de la Guinea. Existen líneas regulares de aviación, servidas por la compañía Iberia, que enlazan las islas de Gran Canaria y Tenerife, y éstas con Sevilla, Madrid, Sidi-Ifni, Cabo Jubi y Bata.

Dentro de su división en dos provincias, como señalamos anteriormente, las islas se agrupan así: provincia de Santa Cruz de Tenerife, a la que pertenecen Tenerife, 2.057,7 kilómetros cuadrados y una población de 340.000 habitantes; La Palma, 728,7 kilómetros cuadrados y 75.000 habitantes; Gomera, 378,7 kilómetros cuadrados y 36.000 habitantes, y, por último, Hierro, con 278 kilómetros cuadrados y 10.000 habitantes. En total alcanzan una extensión de 3.443 kilómetros cuadrados y una población de 461.000 habitantes.

Provincia de Las Palmas, constituida a su vez por Gran Canaria, con 1.532,5 kilómetros cuadrados y 340.000 habitantes; Lanzarote, con 795,7 kilómetros cuadrados y 35.000 habitantes; Graciosa, con 27,2 kilómetros cuadrados y 600 habitantes; Aleganza, con 11,7 kilómetros cuadrados y 18 habitantes; isla de Lobos, con 6,2 kilómetros cuadrados y doce habitantes; Roque del Oeste, con 0,07 kilómetros cuadrados, y Roque del Este, con 0,06 kilómetros cuadrados, deshabitados normalmente, y Montaña Clara, con 1,12 kilómetros cuadrados y que es habitado temporalmente por los pescadores.

En total la provincia tiene una extensión de 4.099,7 kilómetros cuadrados y una población de 391.000 habitantes.

En general las islas Canarias presentan elevadas montuosidades, excepto Lanzarote y Fuerteventura, menos elevadas. Parece ser que su actual configuración orográfica se debe a la natural reacción eruptiva producida por el dislocamiento

geológico del extremo occidental de la cadena del Gran Atlas, de la que se cree originario este archipiélago.

Dada la configuración, formación geológica y latitud de estas tierras, se desconoce en ellas la existencia de ríos o arroyos de curso perenne. Su red hidrográfica, en algunas islas, la constituyen los curiosos «barrancos», verdaderos embalses, que la venida de las lluvias suelen convertir en auténticos ríos canalizados. Con la organización inteligente de estanques y pozos los naturales del país se defienden de la falta de agua y de la carencia de sistemas fluviales de vida o curso permanente. Los manantiales de agua suelen abundar, sin embargo, en las zonas montañosas.

El clima es la más natural riqueza de estos lugares. Ningún país del mundo puede presentar tan variada gama climatológica. Es sencillamente maravilloso eso de poder disfrutar del clima que uno quiera sin tener necesidad de hacer grandes desplazamientos. Ya los antiguos, al llamarlas Afortunadas, hacían un gentil elogio de su existencia. Textualmente decían: «Cubre a estas islas una atmósfera tan tranquila que casi no son de consideración sus alteraciones y variedades, porque como los vientos meridionales recalán allá después de haber recorrido por unos espacios de tierra muy vastos, llegan cansados y como destruídos, y los que se levantan del mar, aunque acarrearán lluvias, son benignos y escasos, de forma que las más de las veces se nutren los campos a expensas de los rocíos, serenos y humedades que los refrigeran.»

En las zonas litorales la temperatura media predominante suele ser de 18° en invierno y de 25° en verano. Las máximas de temperatura que se conocen no llegan a pasar los 32°, y las mínimas nunca llegan más bajo de los 10°. Y en el paso del día

a la noche no suele notarse casi diferencia alguna de temperatura.

«En la Biblioteca Nacional de París —dice García de Vegueta— se conserva el atlas del mallorquín Abraham Cresques. Fué delineado para el rey Carlos V de Francia, el Sabio, y en él se enriquecen las Canarias con una leyenda que promete mil aventuras: *Las Islas Afortunadas hallanse en el mar Grande, cerca del término de Occidente. Estas islas se llaman Afortunadas porque de toda suerte de bienes están abastecidas. Los paganos creen que aquí está situado el paraíso por la templanza del clima y por su fértil suelo.*»

Tan cierto es todo esto, que ustedes mismos lo irán viendo en el transcurso de mi narración. Para empezar, hagamos un recorrido por su historia.

LA HISTORIA ES ASI

En dos partes consideramos la historia del archipiélago canario, tomando como principal elemento su contacto y enlace con la historia de la civilización. La primera, desde los albores de la Edad Antigua, dentro de la órbita del mundo egipcio como primer eslabón, hasta el descubrimiento de América, y la segunda, desde esta fecha hasta los tiempos actuales.

Los hechos agrupados en el primer período señalan una sucesión de importancia relativa, ya que ninguno de ellos sirvió para imprimir a estos lugares un carácter nuevo o un estado de cultura y actividad predominante o en consonancia con el resto de las naciones civilizadas. En pleno año 1402, los cronistas que acompañaron a Juan de Bethencour en el viaje de exploración y conquista de este archipiélago, refieren que se encontraban los naturales

en «un estado tan primitivo en la escala de los progresos humanos, que su industria apenas pasaba, en algunas manifestaciones, de la que constituyó, en las remotas edades de la infancia de los pueblos, el período neolítico».

Coincidiendo con la época de su total conquista, y como consecuencia de ella, comienza para este pueblo, bajo el amparo de Castilla, «un período de lentos progresos decisivos para su posterior proyección en la historia de la Humanidad».

Las más remotas noticias referentes a las Canarias pertenecen a los pueblos orientales. Datos que constituyen un testamento fantástico de fabulosas empresas y poéticas mitologías. El «Jardín de las Hespérides» se hallaba situado en el confín del mundo, en un lugar conocido con el nombre de islas de la Fortuna, nacidas del gran Atlante y situadas al oeste de los desiertos de Libia.

Los sacerdotes de las primitivas religiones de Asia tuvieron un conocimiento bastante exacto de la existencia de estas islas.

Herodoto menciona dos viajes de navegantes egipcios que en su afán de rodear la Libia, tocaron en las islas de la Fortuna.

Diodoro refiere una de las empresas marítimas del pueblo fenicio, que condujo al descubrimiento de las islas de los Bienaventurados, emplazadas cerca de la Mauritania y enfrente de la próspera Gadir (Cádiz). Las famosas púrpuras de Tiro se fabricaban con primeras materias extraídas de unos musgos (orchilla), peculiares de las islas Canarias, muy abundantes sobre todo en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, siendo éste el motivo por el que los fenicios las llamaran «Islas Purpúrnas».

Con el predominio marítimo de Car-

tago, arrebatado a Fenicia, se convirtieron estas islas en lugar predilecto de escala de sus expediciones por el litoral del Ecuador de la Libia.

Plutarco, en sus «Vidas paralelas», hace a Sertorio confidente de unos marinos que habían descubierto ciertas islas «distantes del Africa diez mil estadios», y llamadas por sus habitantes Afortunadas, sede de los «Campos Eliseos», donde moran las almas de los bienaventurados. «En ellas llueve poco. Los vientos soplan blandamente y transportan fértil rocío que da virtud a la tierra para producir espontáneamente los más variados y sabrosos frutos, de que se sustentan los hombres que allí viven, gozando la felicidad de las cosas que ofrece la tierra y exentos de los trabajos y dolores que impone la vida.»

En tiempos del emperador Octavio, un hijo de Juba, rey de Mauritania, gran amigo de las ciencias, de la naturaleza y de la geografía, exploró y estudió las condiciones de estas islas. Plinio habla de esto en sus escritos. «Llámase —dice— la primera de sus islas Ombrios; la cima de una de sus montañas está ocupada por una laguna; no se encuentran señales de edificaciones en toda la superficie de la isla; en sus montañas crece una especie de caña de la que los indígenas extraen un licor que es amargo si aparece negro y agradable si resulta blanco. Otra se llama Junonia, y en ella existe un templo pequeño de piedra. Otra isla que existe junto a ella tiene el mismo nombre y es mucho más pequeña. A poca distancia de estas dos existe la de Capraria, poblada de grandes lagartos. Después, y al alcance de la vista, se destaca Nivaria, que tiene nieves y nieblas perpetuas. A poca distancia surge Canaria, cuyo nombre procede de los enormes perros que en ella se crían. Abunda en ella la miel, la palmera, el

pino y muchas otras variedades de plantas y de aves.»

Ninguna otra expedición después de la de Juba volvió a visitar, con tan rigurosa acción científica y geográfica, las islas. Algunos historiadores posteriores hacen ligera mención de su existencia; otros las olvidan despiadadamente.

El viaje y martirio de San Avito, apóstol de estas tierras, y las aventuras del monje irlandés Brandam, Borondón o Brandenes, y de San Barito sólo aportan materia de leyenda y fantasía.

Fueron los árabes, herederos de las culturas hebreas, griegas y romanas, quienes volvieron a estudiar estos parajes, con cierta precisión y con decidido interés, estableciendo con sus noticias una buena fuente de estimación de los mismos.

La época de serias expediciones de conquista empiezan con el rey Alfonso IV de Portugal. Fueron equipadas tres naves y confiadas a la dirección del navegante florentino Angiolino de Teghia. Esto ocurría por el año 1341. Después se conocen frecuentes expediciones de castellanos, catalanes y portugueses. De todas las cuales se ha venido a saber una serie de noticias que atañen a las costumbres de sus moradores, y que nosotros vamos a intentar resumir en unos cuantos renglones.

Estas islas estaban pobladas por un pueblo: los guanches.

Su concepto de la vida y el mundo resulta elemental y sin complicaciones. La divinidad creó primero a los individuos de raza noble, y luego, para no contribuir a un tedio seguro, hizo nacer la clase de los siervos, únicos capaces de resolver el problema cotidiano con la dedicación al trabajo, previo sometimiento a una disciplina, pero entendiendo que cada cual debería estar en lo suyo, so pena de caer en la más grave falta y duramente castigado.

Por eso estaba terminantemente prohibido el casamiento de individuos de distinta condición o casta.

La casta superior mandaba y se hacía respetar, estándole prohibido toda clase de trabajo doméstico. Si moría algún individuo de la nobleza se le enterraba en lugar acotado para su condición. El siervo ocupaba sepultura sólo apta para ellos, o sea que su cementerio era distinto al de sus jefes o amos.

Estas castas, tan estrictamente separadas, llegaban a reunirse cuando la necesidad mandaba, en la labranza o en la guerra, dos faenas que había que hacer amparándose los unos en los otros.

El único factor que podía con todos los *protocolos*, la única fuerza poderosa e inevitable, era el amor. Un noble guanche podía contraer matrimonio con una sierva; los *faicans* (sacerdotes) se encargaban de legitimar la unión, e inmediatamente la desposada adquiría la condición del esposo. Ahora, la mujer noble que descendía a casarse con un siervo bajaba a engrosar la clase de su cónyuge.

El signo del poder o autoridad que usaban los reyezuelos de estas islas consistía en un húmero del brazo de su antecesor. Con él en la mano imponía su autoridad y presidía los consejos de su clan o tribu.

La justicia se administraba en consejos llamados *taoros*. Su lugar de reunión solía ser, bien una amplia gruta, o bien un sitio abierto y espacioso inmediato a la residencia del *quehevi* (rey).

Todo hijo que insultaba de palabra al autor de sus días era decapitado. Las adúlteras eran sepultadas vivas. Al ladrón se le empalaba si el robo había sido acompañado de fractura.

En algunas islas el infanticidio estaba permitido. El temor al excesivo acrecentamiento de la población empujaba a

estas y otras clases de atrocidades. Por ejemplo, un hombre que se atrevía a dirigir la palabra, amable o no, a una mujer desconocida en la soledad de un camino, podía ser condenado a muerte.

Las ejecuciones eran de distintas maneras: aplastándoles el pecho con una piedra de gran peso, apaleándolos, arrojándolos desde una roca al mar, o, en casos de delito de traición, quemándolos, lapidándolos o sepultándolos vivos.

Aparte de estas extremosas determinaciones, los guanches eran muy aficionados a las fiestas, bailes y cánticos. Se reunían las tribus de vez en cuando para entregarse a bailes y ceremonias. Su fiesta principal se llamaba *bañesmén*, celebrada en la mitad del verano, después de la recogida de las cosechas. Eran muy amantes de su independencia, de apuesta figura y de carácter noble.

Adoraban a un dios. Las cimas de las montañas fueron los lugares consagrados al culto de sus deidades. Los sacerdotes se elegían entre los individuos de la raza noble. Ellos se encargaban de dirigir las ceremonias religiosas, asistir a los consejos de las tribus, profetizar el porvenir, custodiar los depósitos de los diezmos y embalsamar a los muertos. Vivían en comunidad, separados del pueblo. En los monasterios se educaban las hijas de los nobles, de las que se formaban los grupos de vestales o sacerdotisas, *harimaguadas*.

Otra costumbre de los primitivos canarios consistía en que las personas incapacitadas para el trabajo, ya por edad o defecto físico, podían solicitar de sus familiares que les dejaran morir en algún lugar apartado, abandonados para siempre.

La conquista definitiva y organizada de estas islas no llegó hasta el año 1402. Antes, la expedición del infante don Luis de la Cerda (1360). bisnieto de San Luis

de Francia y de Alfonso el Sabio, e hijo de don Alfonso de la Cerda y de la princesa Mafalda, investido por el Papa Clemente VI príncipe de la Fortuna, no dejó de constituir un verdadero desastre, al ser derrotada por los naturales del archipiélago. Igual suerte corrieron las expediciones llevadas a cabo por don Fernando de Castro y Martín Ruiz de Avendano, a finales del siglo XIV. La más favorecida, una de don Gonzalo de Peraza, regresó después de vencer a los canarios, en el año 1399, trayendo cautivo al rey guanche Tiguantaya.

Corrían los primeros años del cuatrocientos. Unos aventureros normandos sienten el espoleo de correr mundo, conquistar tierras y apiñar doblones para sus arcas. Uno de ellos es Juan de Bethencour, barón de Saint-Martin-le-Gaillard, sobrino de Robín de Braquemonte, personaje de gran influencia en la corte de Castilla por la privanza de don Juan I y por su matrimonio con doña Inés de Mendoza, de la casa del Infantado.

Otro de ellos es Gadifer de la Salle, senescal de Bigorre, famoso por su habilidad como espadachín y por sus excelentes dotes de marino.

Partieron a la conquista de las islas Canarias y del Infierno, según expresión del rey francés Carlos IV.

Después de muchas peripecias llegaron a las Afortunadas. La primera isla alcanzada la bautizaron con el nombre de Joyeuse o Alegranza. Luego se apoderaron de Lanzarote, Fuerteventura, y, por un ingenioso ardid, de Hierro. Someter a las restantes islas resultó imposible, pese a la ayuda que les prestó el rey castellano Enrique III.

Con Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera formó Bethencour un virreinato dependiente de la corona de Castilla.

Muerto Bethencour, quedó heredero y señor de estas islas su hermano Reinaldo, aunque en realidad fueron gobernadas con gran dureza, en honor a la verdad, por su pariente Maciot de Bethencour, quien vendió el señorío a Pedro de Barba, y más tarde al rey de Portugal. Claro que estas operaciones fueron efectuadas de una manera poco legal.

De la familia de Las Casas pasó el dominio a don Fernando Peraza, excepto Lanzarote, que quedaba en manos de Maciot. Muerto Peraza, le sucede don Diego de Herrera. Entonces ocurre que un rey de Castilla, Enrique IV, otorga a los portugueses los derechos de conquista de Gran Canaria, Tenerife y La Palma. El jefe portugués Silva casa con la hija del señor español. Unidos intentan conquistar la isla de Gran Canaria, pero ni los caballos ni la artillería asustan a los temibles isleños, y Gran Canaria sigue manteniendo su independencia pese a los continuos ataques de sus adversarios.

Llega el año 1477; los Reyes Católicos echan sobre sus hombres la empresa de conquistar el resto de las islas. Por orden suya, al año siguiente se pone en camino una nutrida escuadra al mando de don Juan Rejú, capitán que fué después sustituido por don Pedro de Vera.

Terminó la conquista de las islas don Alonso Fernández de Lugo hacia los años 1491 y 1496.

«Reorganizadas y pacificadas fueron es-

tas islas, bastión imprescindible en el camino al nuevo mundo, recién descubierto.» Desde entonces, y dentro ya del segundo periodo en que dividimos la historia de estas islas, los sucesos y ocurridos del archipiélago canario tienen una cercana relación con la historia toda de la humanidad. Pedazo de España, sus heridas, cicatrices y triunfos fueron otros tantos lazos que unieron definitivamente sus destinos.

«Cristóbal Colón fué el primer navegante que disfrutó el benéfico abrigo de estas islas. El 11 de agosto de 1492 fondeaban en el puerto de las Isletas de Gran Canaria las tres carabelas castellanas que, bajo el mando del glorioso marino, habían emprendido osadamente la primera travesía transatlántica que atónitas contemplaron las edades.»

Los derechos feudales existentes desde los tiempos de la conquista fueron anulados paulatinamente. Carlos III, rey de España, convirtió las Canarias en una provincia más de la corona española.

En 1927 fueron divididas las islas en dos provincias: la de Santa Cruz de Tenerife y la de Las Palmas. División que en la actualidad prevalece.

Esta es, a grandes trazos, la verdadera historia del Archipiélago de la Fortuna. A continuación, y como recreo para el espíritu de nuestros lectores, pasamos a escribir de cada una de las islas cuanto pueda ser necesario para conocerlas bien.

ISLA DE TENERIFE

Su forma es casi triangular. Su ángulo más agudo sigue la dirección nordeste, terminando en la Punta y Rocas de Anaga y

de la Mancha. En su punta más meridional se encuentran las Puntas Rasca y Roja. El vértice, dirigido hacia el oeste, lo cons-

tituyen las Puntas de Buenavista, Teno y de la Aguja.

La isla de Tenerife dista sesenta kilómetros de Gran Canaria, situada al oriente, y veintisiete de la de Gomera, situada al occidente.

Sus costas se presentan recortadas y abruptas. Limpias, en general. La costa occidental la forman altas escarpaduras, mientras que las orientales están provistas de playas arenosas, como El Medano, en el sur, y Anaga, al norte.

El único puerto importante es el de Santa Cruz de Tenerife, al nordeste de la isla. Luego, los de Puerto de la Cruz, Güimar, Abonatianos —en Arona—, San Juan —en Guía de Isora—, San Marcos —en Icod— y Garachico.

La isla está atravesada, en su parte central, por una elevada cordillera. En la meseta de los Rodeos, al norte, se encuentra La Laguna, a 526 metros de altitud. Hacia el sur se suceden las alturas. Montes de la Esperanza y el Cuchillo. Monte Perejil y el de Izaña. Más al sur se halla la gran meseta, y allí, el Teide, circundado del gran recinto circular Las Cañadas (2.000 metros de altitud).

El Teide es la pirámide clave, achatada y solemne, que da prestancia a la isla. Es su perpetuo monumento, con más carácter y más planta que cualquier construcción levantada por la mano del hombre. Es boca enquistada en un ¡oh! perpetuo de admiración. Único caso de vanidad propia perfectamente justificable.

En el fondo de la cumbre del Teide se halla el gran cráter La Caldera (35 metros de profundidad), de cuyas grietas escapa una ardiente y tenue humareda. Los guanches primitivos la llamaban *Echeyde* (infierno).

En la altura de Izaña, a 2.360 metros, existe un observatorio.

Alzase la isla en gradas, unas tendidas, otras elevadas, hasta a región de las nieves. Este escalonamiento natural favorece al hombre, pues le ofrece una dulzura de clima y una belleza de paisaje de verdadero edén. Es lugar apacible, silencioso y grato. Entre las montañas y laberintos se abren fructíferos valles de gran capacidad agrícola. En verdad que el nombre de *Paraíso del Atlántico*, con que la han bautizado, no resulta en este caso *slogan* de uso publicitario.

«A la luz vibrante de sus alegres mañanas —me decía un enamorado de estos parajes—, Tenerife se ofrece, mirada desde el mar, como una verídica confirmación de las Islas Afortunadas.»

Santa Cruz de Tenerife es la capital y la ciudad más importante. Durante mucho tiempo figuró como capital del archipiélago.

«La primera sensación que recibe uno cuando llega a la isla, procedente de Cádiz, es que nos hallamos en un lugar desierto, circundado de montañas y profundas cortaduras de pobre vegetación. Pero es que Tenerife también es un lugar de constantes sorpresas. Juega a proporcionar contrastes y a despistar a los viajeros. Santa Cruz aparece poco a poco, a medida que el barco se aproxima al puerto. Santa Cruz es dulce, quieta, subyugadora. Contemplada desde las montañas, parece que se recuesta entre el mar y las alturas con un algo de coquetería, aprendida, tal vez, de alguna princesa guanche. Desde Las Mesas (montaña del Quisisana), la vista recorre la ciudad como una caricia. Abajo, frente al mar, álzanse el palacio Insular y el edificio de la Delegación de Hacienda; junto a ellos se distingue la cruz del Monumento a los Caídos. A la derecha, la refinería de petróleo. Un poco más cerca, en esta dirección, el edificio del convento de la Asunción.

Bastante mas allá, hacia el sur, el cuartel de San Carlos, Hospital Civil, puente de Galcerán, mercado y puente nuevos, los macizos verdeoscuros de las plazas de Weyler y Príncipe, torres de la Concepción y San Francisco, la magnífica vista de las ramblas, onduladas de árboles y flores, y, al fondo —telón final majestuoso—, al padre Atlántico, rizado y espumoso, azul y palpitante.»

La campiña que rodea a Santa Cruz presenta siempre un suave verdor. Por toda ella se encuentran diseminadas gran número de fincas de recreo y granjas agrícolas.

A quince kilómetros de distancia está el aeropuerto internacional de Los Rodeos.

Santa Cruz es una capital de honito y moderno aspecto. Sus calles son amplias, rectas, alegres. La principal de ellas, la del Castillo, une las plazas de la Candelaria y de Weyler. La avenida Marítima es francamente bella; su dirección se ajusta al litoral como un festón que partiera desde la plaza de España hacia el sur. La Gran Vía, paralela a la avenida Marítima, ofrece importantes edificios entre sus construcciones, como el palacio del Cabildo Insular y la Casa de Correos.

La más antigua parroquia de la isla es la de la Concepción. Fué empezada a edificar hacia el año 1498. Posteriormente, reconstruída y remozada. Aquí se conservan las dos banderas arrebatadas a Nelson. Se encuentra en esta parroquia la imagen de la Consolación, llevada por el Adelantado don Alonso Fernández de Lugo, y la Cruz de la Conquista, clavada por el conquistador en la playa el día 1 de mayo de 1493.

En el centro de la plaza más importante se levanta el monumento, esculpido por Canova en 1778, llamado «Triunfo de la Candelaria». Representación simbólica de

la aparición de la Virgen a los primitivos guanches.

A lo largo de la ribera se extiende una línea de fortificaciones. Santa Cruz posee una considerable representación cultural. Destaquemos el grandioso Museo Municipal y el de Villa-Benítez, de origen particular.

Adentrándonos en sus rutas, en sus paisajes, en sus ciudades del interior, nos encontramos primeramente con La Laguna, a nueve kilómetros, ciudad de los Adelantados. Ciudad universitaria de gran tradición, rodeada de fértil campiña, en medio de una bellísima vegetación. Es la típica ciudad vieja, de silencio evocador, de soledad profunda y sugestiva, que conserva el prestigio de tiempos pasados. En sus casonas, de calados aleros y balcones, parecen vivir las sombras de otras épocas. Hay quien ha dicho de ella que es «un Santiago de Compostela, sin arcadas ni catedral románica.» A la sombra de su famoso *drago*, árbol histórico, cuya vida el naturalista Humboldt fijó en no menos de dos mil años, los seminaristas conversan o meditan en horas de esparcimiento.

San Cristóbal de La Laguna, éste es su nombre completo, se halla unida a Santa Cruz por un tranvía eléctrico, que continúa hasta Tacoronte, once kilómetros más al norte.

La Universidad de San Francisco, en esta ciudad, fué fundada a fines del siglo XVIII.

A cinco kilómetros de La Laguna se encuentra el *Monte de las Mercedes*, con la cascada del valle de los Viejos. El monte se levanta a más de 1.200 metros de altitud en un enmarañado bosque de perenne vegetación.

Hacia el sur, el Pinar de la Esperanza, lugar apacible y grato, en cuyo término, conocido por Las Raíces, entró la Historia

cuando el general Franco se entrevistó con la guarnición tinerfeña.

A treinta y siete kilómetros, la Orotava. Villa, cabeza de partido judicial con 22.000 habitantes. Antigua capital y corte de los reyes guanches.

La Orotava conserva algunos palacios de los primeros conquistadores. Sus calles se presentan empinadas y silenciosas. Entre sus fiestas es mundialmente conocida la del día del Corpus, que ya describiremos cuando nos toque hablar de costumbres, fiestas y leyendas de las islas.

Cuanto más nos aproximamos al valle de la Orotava, más poblado está el suelo y más abundante y bella es la vegetación que lo cubre.

«No son ya pequeños jardines, que circundan las edificaciones, lo que vemos; no son agrupaciones de plantas en terrazas y ventanas, es algo más. Es que, desde la cumbre al mar, toda la tierra es un jardín, y un jardín espléndido, donde crecen las más variadas flores. Bosques frondosos, como el de Agua García, de hayas, nogales, laureles granadillos y otras especies vegetales; cuidados huertos, en los que se ven viñedos y abundantes árboles frutales, y por cualquier rincón, rosales, geranios, heliotropos...» Así se prepara el terreno para ofrecernos después el espectáculo del valle.

Casi de pronto desembocamos en el valle de la Orotava. Al asomarse la carretera al valle vemos un extenso panorama, constituido por un gran circo natural, que utiliza por escenario el océano. A primera vista, todo este circo aparece cubierto por una exuberante vegetación, cuyo desarrollo no es posible apreciar en toda su magnitud. De tan extensa alfombra de verdura surgen algunos edificios y poblados, que se destacan por la albura de sus fachadas, y cientos

de elevadas palmeras, las cuales puntean todo el paisaje.

Destacándose sobre el conjunto de montes aledaños aparece el Teide, como queriendo asomarse sobre sus hermanos para disfrutar también de los encantos de estos parajes privilegiados.

Descendemos por la carretera del norte, y al cruzar sobre los barrancos y al pasar junto a las huertas y jardines, vemos por todas partes flores y flores.

A un lado y otro del camino vamos dejando extensas plantaciones de plátanos, entre cuyas anchas y largas hojas vemos colgar los racimos de frutos, en el extremo de los cuales pende su enorme flor morada y roja, de pétalos carnosos, formando volutas.

La carretera sigue hacia el puerto de la Cruz, pasando por el Jardín Botánico, donde se encuentran ejemplares de la flora de todas las latitudes (unas mil quinientas especies).

El valle de la Orotava, en sus dos kilómetros de desnivel, encierra las especies vegetales de todas las regiones del mundo. Hallamos en él plataneros y palmeras, papiros y dragos; bosques de tilos, pinos, naranjos, canelos y alcanforeros; rosales gigantes y bosques de camelias y magnolias; heliotropos, claveles y crisantemos, geranios, hortensias y orquídeas y mil variedades más que lo invaden todo, penetrando en las tierras de cultivo, escalando las paredes de los edificios, bordeando los bancales, a los que sirven de valladar; enlazándose unas con otras y subiendo en espiral por los troncos de los árboles...

Desde el valle de la Orotava se puede ascender a la cima del Teide. Encontramos primero el *Balcón del Valle*, o *Lomo de Currás*. Más lejos, el bosque de *Aguamansa* y, siguiendo siempre, el *Portillo de la Villa*,

que da entrada al *Circo de las Cañadas*, rodeado por los bordes de un viejo y fantástico cráter volcánico. Desde aquí la ascensión se hace más difícil. A 2.000 metros de altitud damos con el albergue *Altavista*. A partir de este lugar, sólo a pie, con dos horas y media de marcha, se llega a la cúspide del cráter volcánico. Se atraviesan los heleros de *Estancia de los Neveros* y *Cueva del Hielo*. Desde *La Rambleta* se puede apreciar bien fácilmente la magnitud del cráter, con las fumarolas, *Narices del Teide*. Por el llamado *Pilón de Azúcar* se llega a la cúspide.

A siete kilómetros de la villa de la Oro-

tava se halla Puerto de la Cruz, salida marítima natural del valle.

Puerto de la Cruz posee una considerable floración de villas, residencias y fincas particulares, por ser admirable zona invernal. Su playa mejor instalada y confortable es la conocida con el nombre de Martiánez.

Lugares, rincones y sitios pintorescos y bellísimos hay a cada paso. Interminable se haría detenernos en ellos. Citemos sólo Icod de los Vinos, Barranco de las Cañas, Garachico, Barranco de Silos, Buenavista, Candelaria, Güimar, Granadilla, Tegina, Valle de Guerra, Montes Anaga, Punta Alcalá, etc.

ISLA DE LA PALMA

Continuando nuestro recorrido por estas islas, nos dirigimos hacia la de La Palma. Enclavada en la parte occidental del archipiélago. Al norte de su hermana la de Hierro.

La figura de esta isla semeja una cuña de vértice muy prolongado hacia el sur.

En comparación con las otras islas, exceptuando Tenerife, es bastante elevada. La punta más nordeste se llama *Cumplida*. Desde aquí, y hacia el sur, la costa se presenta de piedra alta y escarpada, pero limpia. El mejor fondeadero de la isla es la ensenada de Santa Cruz de la Palma.

La punta sur de esta cuña lo constituye Fuencaliente. La costa se presenta al oeste con muy parecidas características, sembrada de piedras, alternando los altos escarpados con las playas arenosas. El único fondeadero de esta parte de costa se llama Tzacorte. Desde aquí, y hacia el norte, la costa se halla formada de escarpados muy altos, con alguna que otra ensenada poco profunda.

Del norte de la isla, ocupando su parte central, arrancan dos cadenas montañosas. Una, con dirección sursudoeste, forma una estrecha cordillera descendente que va a morir en la costa. La otra corre en toda su longitud de norte a sur, terminando en distintos montes cónicos, cráteres apagados de sendos volcanes.

Las montañas que componen esta cadena principal son: Roque de los Muchachos (2.412 metros), el de la Cruz (2.377), Cedro (2.200). La Caldera y Pico Bejenado, a 1.841 metros, están comprendidos en el recodo que forman al norte las dos cadenas de montañas citadas, que, uniéndose en semicírculo, dejan entre sí un profundo barranco llamado de las Angustias. Hacia la mitad de la cordillera se alzan los picos de Tacande (1.415 metros), Vergojo (2.002) y el monte Cabrito (1.967). Los picos o alturas más meridionales en que termina la cordillera se llaman Las Tablas. Generalmente, todas estas alturas están cubiertas de nieve. Le da fama y renombre a la

isla La Caldera, conocida también con los nombres de la de La Palma, Tamburiente y Eceró, o Acero, considerada como una maravillosa obra de la Naturaleza.

«La Palma —decía Berthelot— se presenta aún hoy en día a la vista del geógrafo lo mismo que fué en su origen; es decir, socavada hasta sus cimientos por uno de los mayores cráteres conocidos. El fondo de aquel abismo se halla a 2.257 pies sobre el océano, y su diámetro es de dos leguas; el círculo de montañas que le rodean forma un poderoso macizo, que una erupción submarina de primer orden hizo surgir del seno de los mares. Al deprimirse aquella masa hacia el centro dió origen a La Caldera.»

La capital de la isla es Santa Cruz de la Palma. Situada al este, en el interior de una espaciosa bahía, capaz de albergar buques de gran tonelaje.

El clima que se disfruta en estos parajes es de los más templados del archipiélago.

Santa Cruz de la Palma es cabeza de partido y de ayuntamiento. Cuenta con una población muy cercana a los 15.000 habitantes. Sus calles principales están trazadas paralelas a la bahía. Son amplias y producen una sensación agradable a quienes las recorren. Por la ladera se reparten las demás calles, formando anfiteatro sus casas. Existen también callejuelas de considerable pendiente y típicamente lugareñas.

Los conventos de Santo Domingo y Santa Catalina tienen su emplazamiento en lo alto, monte arriba, sobre una punta. San Francisco y el monasterio de Santa Clara clavan sus reales en otra altura, situada en el lado opuesto. Espiritual atalaya, como se ve, defiende a la ciudad. Por la parte del mar, castillos y reductos asoman sus construcciones. Sobre los barrancos aparecen tendidos una serie de

puentes que facilitan las comunicaciones.

Los vientos del oeste y las lluvias visitan, con más frecuencia que a las otras islas, a Santa Cruz de la Palma. Esta ciudad ofrece alrededores deliciosos. En las excursiones a Los Llanos y a la Cumbre, el viajero disfruta de contornos y rincones de placenteros contrastes. La vegetación se extiende ante nosotros y los picachos escoltan nuestra marcha, hasta llegar a El Paso. Si bajamos por Cumbre Vieja a Santa Cruz, podemos arribar a Los Llanos, lugar circundado de árboles frutales, naranjos, almendros, etc., donde la atmósfera pone a disposición de cada uno la fragancia más pura y deleitosa. A partir del punto llamado de los Sauces, el camino se torna tránsito recogido, propio para la meditación y la soledad. Con cinco horas podemos alcanzar el Roque de los Muchachos y detenernos a echar una mirada a La Caldera, con sus 2.350 metros de altura. Bien es verdad que se da por bueno el camino de herradura que hemos tenido que seguir.

De la ciudad de Los Llanos, bordeando los altos del barranco llamado de las Angustias, se va a la gran Caldera de Taburiente. En estas alturas hay una ermita. Una vereda que circunda una enorme roca nos deja ante la célebre Caldera, ensombreada con tres picos cortados. «La vegetación entona un amoroso canto de alabanza al Creador, y nosotros dejamos sin querer hasta de respirar y quedamos como suspensos o adormecidos.» Desde luego, no crean que es exagerado lirismo esto que cuento, no; es naturalísima expresión ante tal espectáculo.

La Caldera está en un círculo que forman las zonas. Es de dos leguas de diámetro y tres de círculo. El origen de su cráter se cree que se remonta a tiempos anteriores al diluvio universal.

En el fondo de un barranco, a 200 metros

sobre el nivel del mar, se encuentra la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, Virgen muy venerada por los habitantes de estos contornos.

Podríamos detenernos en distintos puntos de esta isla. La ruta a seguir nos brinda una serie interminable de paradas. Este fluir puede hacerse cansino. Resumamos brevemente en unos cuantos renglones, simplemente como ofrenda reconocida.

Desde la capital, tres caminos conducen a Tzacorte, caserío situado al otro lado de la isla. Es un constante paladear de

gratas sensaciones lo que ofrecen estos tres enlaces. En un trazado de tres proyecciones, norte, centro y sur, se compendia la gama de excelencias de esta isla. Barrancos, costa dominada por el dibujo de montañas volcánicas, caseríos, plantaciones, pasos peligrosos, etc. Y todo ello completado con el recreo de distintas zonas pintorescas y feraces.

He aquí, para terminar la visita de la isla, algunos nombres: Barlovento, Breña Alta y Breña Baja, El Paso, Fuencaliente, Garafia, Mazo, Puntagorda, Tijarafe...

ISLA DE LA GOMERA

Es otro salto preciso en este corretear de isla en isla. Casi con un pequeño vuelo de pájaro se inicia este estar de nuevo en tierra. El mar ronda otro nuevo perfil, otras nuevas costas.

Para orientarles diremos que la Gomera cae al oeste de Tenerife, al sudeste de La Palma y al nordeste de Hierro. El corro de estas islas tiene para nosotros en estos instantes el apreciado valor de un grato cobijo. Este contorno de tierra, la Gomera, se presenta en forma casi elíptica. Con unas costas muy acantiladas. Las puntas de Aguto Mahona, los Pesebres, Cabrito, Vejira y Guindas, o del Valle, son los salientes más importantes.

Dificultan el acceso al litoral algunos bajos. Los puertos y fondeaderos no son frecuentes. El principal es el de San Sebastián, al sudeste, formado por las puntas de San Cristóbal y los Farallones.

La costa, hacia el suroeste, oeste y norte, presenta la bahía de Herese, varias ensenadas pequeñas (Cantería, Playa Negra, Pégame y Argaya) y el puerto de la Arena. Ya en la costa norte encontramos los

Organos, grupo notable de rocas basálticas. Siguiendo hacia el este continúan los escarpes hasta el fondeadero de Mahona.

La isla de la Gomera presenta un interior alto y escabroso. «El terreno se va elevando desde el litoral hacia el centro, alto de Garajonay o montaña Alta Gardona. De aquí parten varias estribaciones cortadas por pintorescos valles y profundos barrancos.»

Las principales alturas que rodean la meseta central son: Al este, el monte Agando (1.180 metros) y el Ojila (1.000 metros).

El país es volcánico, pero no existen señales de erupciones modernas.

Riegan la isla algunos torrentes, entre ellos el de Ariñuela. Existen diseminados por estos parajes frondosos bosques y palmerales. La vegetación, en general, es variada y rica.

La Gomera presenta, con sus caseríos agachados entre los árboles, con sus picos altísimos y desfiladeros sorprendentes, una modalidad curiosa y al mismo tiempo inte-

resante: el lenguaje articulado del silbido, con el que sus moradores se entienden entre sí. Estos silbidos poseen todas las entonaciones necesarias para que resulte un verdadero lenguaje; además, tiene una ventaja: puede ser recogido a grandes distancias.

La isla está cruzada por dos caminos: el que va de San Sebastián de la Gomera a Aruré y el de Alejeró a la bahía de Vallehermoso. El Alto de Cabeza de Toro es el

cruce de estas dos comunicaciones. El caserío de Chipude y el lugar de Aruré se encuentran en el recorrido del primero. Alejeró y los barrancos de Hermigúa y Garabato son puntos destacables en el segundo.

La población más importante es San Sebastián de la Gomera, villa cabeza de partido judicial, donde Cristóbal Colón oyó misa cuando se dirigía hacia el descubrimiento del Nuevo Mundo.

ISLA DE HIERRO

Con esta isla damos fin a las que componen la provincia de Santa Cruz de Tenerife. Es la más occidental de todas las que forman el archipiélago. Situada al sur de La Palma y al oesudeste de la Gomera. La menor de las siete habitadas y a menos poblada.

Su configuración es muy parecida a la de un triángulo, cuya base mira al suroeste, con tres apreciables salientes (Punta del Norte, Restinga y Orchilla), enlazados por curvas cóncavas hacia el mar.

Toda la costa es bastante acantilada, gran parte inabordable, por las moles que desde el mar se levantan y por los frecuentes bancos de arrecifes e islotes diseminados.

El interior de la isla es una gran meseta, con pendientes rápidas hacia el oeste, este y sur, y más suaves hacia el norte, erizadas de abruptas montañas y cruzadas por profundos barrancos. La vegetación forestal es abundante. La natural escasez de agua se ve contrarrestada por la masa de vapores que los bosques atraen, con lo que se beneficia el suelo para su fertilidad.

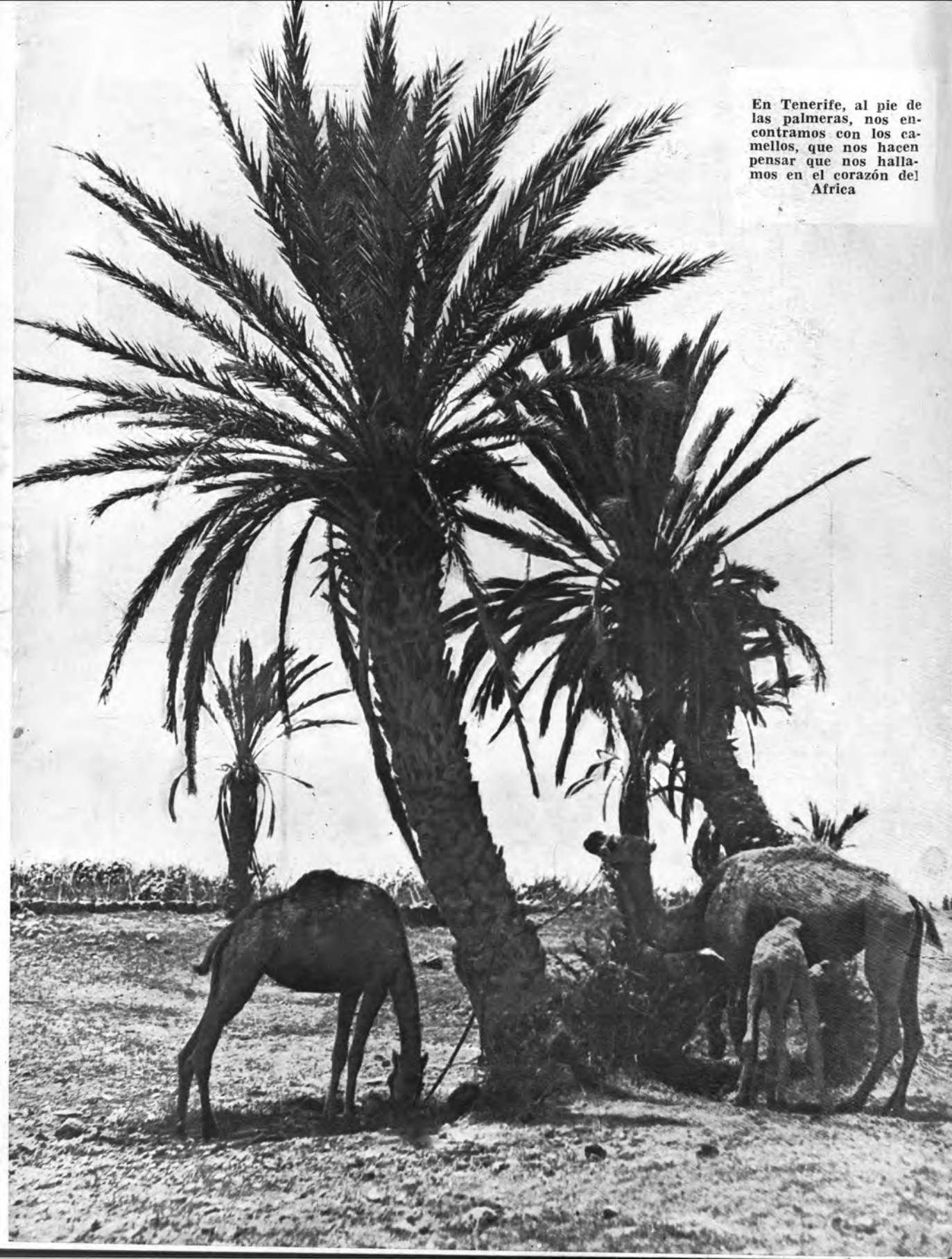
La isla de Hierro tuvo en los tiempos pasados cierta notoriedad. Por la punta de Orchilla pasaba el primer meridiano empleado por la ciencia; el que luego Luis XIII de Francia impuso como obligatorio, hacia el año 1634, y el que la Sociedad Geográfica de Madrid adoptó, allá por 1876. En la actualidad, algunos cartógrafos alemanes lo siguen usando, aunque el que se ha impuesto en Europa es el de Greenwich, como todos sabemos.

Los habitantes que pueblan la isla, pocos en verdad, tienen muy arraigado el instinto migratorio, tal vez debido a que estos lugares fueron repoblados por familias gallegas. La propiedad se halla muy repartida. Cada familia tiene lugares de labores invernales en la zona litoral y de verano en el interior de la semicaldera del golfo.

Valverde y La Frontera son las dos únicas localidades que sirven de base a la población, según las estaciones climatológicas o según los lugares elegidos para el trabajo.

Los Llanos de Inama y Nisafe, los lugares como Ajarea Alta, Bergara Baja, Be-

En Tenerife, al pie de las palmeras, nos encontramos con los camellos, que nos hacen pensar que nos hallamos en el corazón del África





Uno de los salones del hermoso teatro Pérez Galdós, en Las Palmas




Típico tapiz de flores naturales decorando una calle



El pueblo de San Nicolás, en el trayecto de la playa a la aldea



Hermosa puesta de sol en Tenerife

A black and white photograph of a tropical garden. A dirt path winds through the center, flanked by dense foliage and several tall palm trees. Two metal benches are visible on the path. The scene is brightly lit, creating strong shadows.

**Jardín de Aclimata-
ción de la Orotava**

tenama, Las Casas, Erese, Guarazoca, Hoyo del Barrio, Isora, Jarales, Las Lapas, Los Llanillos, Mocanal, Los Mocanes, Las Montañetas, Sabinosa, Taibique, Tigaday, Las Toscas, cabo de la Dehesa y Punta de Salmoré, parte más elevada del Timé,

cadena de rocas en cuya cortadura anida la ermita de Nuestra Señora de la Peña, cerca de Guarazoca, forman un agradable itinerario turístico, muy útil para aquellos que quieran conocer la isla de parte a parte.

ISLA DE GRAN CANARIA

(La provincia de Las Palmas comprende las islas de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, más las islas menores de Graciosa, Montaña Clara, Roque del Oeste o Roque del Infierno, Roque del Este y Alegranza.)

Esta isla tiene su asiento en el centro del archipiélago. Al este, Fuerteventura, y al noroeste, Tenerife. Es de forma casi circular y presenta al nordeste una península llamada Isleta, elevado promontorio de tipo volcánico unido al resto de la isla por el pequeño istmo de Guanarteme, de unos 140 metros de ancho. Aquí es donde se halla la bahía. En esta península existen excelentes playas. Su paisaje es realmente encantador. Allí arriban numerosos excursionistas, ya que, con el Puerto de la Luz, es uno de los puntos más frecuentados de Las Palmas de Gran Canaria.

En general, las costas de Gran Canaria son bastante limpias, salvo al este, donde existen varios islotes y arrecifes.

Recorre la isla en dirección este-sudeste a oeste una cordillera, con alturas considerables como las de Los Pechos (1.900 metros), Pozos de la Nieve (1.950 metros), Nublo (1.862), Saucillo (1.850), Asomada (1.510), Pan de Azúcar (1.405) y el Brezo (1.270). Esta cordillera ofrece, con sus ramificaciones, una estructura casi circular, en-

sanchándose su cima en forma de meseta, constituyendo sus puntos culminantes lo que se conoce con el nombre de Cumbre o Roque de la Cumbre; en los planos de ésta nacen los valles laterales, y sólo penetrando en sus desfiladeros o remontándose a los collados superiores se llega a los distritos del centro.

Una de las cosas más notables de estas alturas es el Roque del Nublo, «monolito inmenso formado de un bloque de traquita que se destaca perpendicularmente al extremo de una de las mesetas más elevadas de la isla y el único ejemplar hasta hoy conocido en el mundo, pues mide 112 metros de altura sobre el plano en que se levanta».

También es digno de mención su famoso barranco de Guayadeque, impresionantemente profundo, con sus bordes, en algunos puntos sumamente escarpados y con sus nidales de cuevas donde los primitivos guanches vivieron y donde sus muertos fueron enterrados.

En esta isla, como en todas las del archipiélago, los ríos propiamente dichos no existen; los torrentes pasan a lo largo de los valles con poca profundidad, resultando el suelo más uniforme y accesible al cultivo.

En la constitución volcánica de la isla parece que han intervenido también formaciones sedimentarias a juzgar por la

profundidad de los cauces, el arrastre de grandes masas y los fósiles encontrados en distintos terrenos y a considerable altura.

En Gran Canaria, se cultivan vegetales, lo mismo de zonas tropicales como de países fríos; así, se dan el aguacate, chirimoyo, palmera, café y plátano, y el naranjo, manzano, peral, ciruelo, nogal y vid, además de los cultivos propios de las altas cumbres, idénticos a los de las zonas frías de otros meridianos.

La implantación de la industria azucarera data de los años de la conquista, 1483. Habiendo pasado por épocas muy florecientes y otras de terribles crisis. De aquí fué llevada la caña de azúcar a la isla de Cuba.

La tradición pesquera de Gran Canaria es de sobra conocida. Ella empezó a explotar los bancos pesqueros de la costa africana, y en la actualidad su flota pesquera es importante y numerosa.

Las Palmas de Gran Canaria es la capital de la provincia; antes lo fué de todo el archipiélago. En ella radica el Gobierno Civil, Audiencia Territorial de las dos provincias isleñas, Jefatura de la zona Aérea, Comandancia Naval y Obispado.

Se encuentra enclavada a lo largo de nueve kilómetros de litoral, desde su antiguo y primitivo origen hasta sobrepasar el Puerto de la Luz. Sus playas son numerosas y excelentes de emplazamiento y condiciones, muy concurridas, puesto que la suavidad del clima las hace útiles para cualquier estación del año. Estas playas son: Las Canteras, Alcaravaneras, Laja, y las de Malpaso, del Hombre, Ojo de la Garza, de las Cruces, etc., bellísimas y de una tranquilidad ambiental apropiada para tonificar los nervios.

«Estas playas, así como el mercantil Puerto de la Luz, son escenarios frecuentes de variadas pruebas náuticas y natatorias,

a las que tan aficionado es el pueblo de las islas Canarias.»

Prueba de grandezas pasadas y del gran desarrollo que está tomando esta ciudad es la serie de construcciones que existen diseminadas por doquier.

Entre sus edificios religiosos destaca la catedral de Santa Ana, empezada a edificar hacia el año 1497, y las parroquias de Santo Domingo y San Bernardo, entre otras muchas construcciones interesantes que harían prolija esta somera citación.

Las Palmas cuenta con Escuela Superior y Elemental de Industrias, creada en el año 1902; Escuela de Artes y Oficios, creada en 1910, y Escuela Normal del Magisterio.

En la calle de Cristóbal Colón se halla la casa que habitó el gran Almirante durante su estancia en la ciudad.

El Museo Canario muestra al estudioso y al curioso tesoros inagotables suficientes para conocer la vida y costumbres de los aborígenes de estas tierras.

En el *Parque Doramas*, de la Ciudad Jardín, se encierra un simbólico y evocador pueblo canario, creación del pintor canario Néstor de la Torre, en cuyo interior tienen lugar exposiciones, ferias y fiestas.

«Los alrededores de Las Palmas son sencillamente encantadores. La temperatura y el paisaje hacen pensar que se vive en distintas ciudades lejanas y antagónicas al mismo tiempo.»

La pequeña ensenada donde anclaron las tras carabelas colombinas, cuando navegaban en ruta para el Nuevo Mundo, el *Puerto de la Luz*, se encuentra al nordeste de la isla, frente a la costa africana. Esta situación convierte al puerto en punto de obligada escala de las grandes navegaciones Europa-Sudamérica, Norteamérica-Sudáfrica, Europa-Sudáfrica, y en lugar de tránsito y enlace entre ellas.

«Su bahía, perfectamente defendida de los vientos reinantes, debido a la configuración de sus costas y modernos acondicionamientos, ofrece en todos los tiempos un completo abrigo y cómodo acceso a cuantos buques surcan estas aguas.» El movimiento comercial del Puerto de la Luz es muy importante y de estimable consideración; en él existen dos amplias dársenas comerciales: la del Generalísimo, con 300 metros de ancho por 900 de fondo, y la de

la Luz, de 600 por 700. El tráfico más importante es el de suministros de combustibles líquidos, que en el año 1950 superó la cifra de 1.200.000 toneladas.

La extensión de la isla nos brinda una serie de nombres, lugares y rutas para hacer turismo, como estos que ofrecemos al lector para orientarle un poco: Teide, Agüimar, Maspalomas, Arguineguin, Arucas, Galdar, Agaete, San Mateo, Tejada, etc.

ISLA DE LANZAROTE

La más septentrional entre las islas principales del archipiélago y la más próxima a la costa de Africa. Situada al oeste del cabo Nun, al noroeste del cabo Jubi y al norte de Fuerteventura.

Su figura es muy irregular, más ancha en el centro que en los extremos, con numerosas puntas y ensenadas y pocas bahías. Atraviesa la isla en toda su extensión una cadena de elevados montes, entre ellos los de la Corona, Famara, montaña Blanca, Hacha Grandek, montaña Roja, montañas de Fuego, etc.

Lanzarote ha sido llamada «túmulo taciturno de volcanes». Su suelo se encuentra muy trabajado y castigado por culpa de los volcanes. Si no fuese por esto, Lanzarote sería una de las islas más fértiles y ricas del archipiélago, ya que su cielo claro, su aire puro y lo fecundo de parte de su terreno así nos lo pregonan. Por desgracia, sus montañas están desprovistas de vegetación forestal y no hay aguas corrientes, si se exceptúan algunas fuentes insignificantes.

El terreno útil o de cultivo se compone de montes bajos, donde se cría algún ga-

nado lanar, bastante cabrío y poco vacuno. Los dromedarios, pacientes auxiliares en las faenas del transporte, se alimentan con las hierbas de las llanuras arenosas.

Un viajero nos ha dejado esta viva y punzante visión de la isla de Lanzarote: «Lo poco risueño y florido que en la isla presenta caracteres de hermandad canaria hállase como arrinconado en la costa oriental: Puerto de Arrecife, por ejemplo, la capital de gracias mudéjares bañadas en blancura moruna, de verdura chorreando por las tapias, de andares femeninos arropados en mantillas españolas; luego, los *jameos del agua*, espléndidas grutas marinas; luego, unas huertas con su atuendo verde de sandías, tomates y hortalizas. Pero, inmediatamente, la entraña volcánica de Lanzarote vase enseñoreando del terreno. El hombre, barrido por los soplos milenarios, se ha aferrado a los hoyos de la arena y a las hendiduras del peñasco; cubre sus cultivos con cenizas de volcán para que la capilaridad de éstas los nutra; los viñedos se agazapan en el fondo de pequeños embudos artificiales, a fin de que el viento de las *gerias* no los entregue al

mar; los fuegos breves de unas flores estallan en las cenizas de las chumberas; la tierra se va resquebrajando como un cántaro abandonado a la cánicula; por las dunas navega, hierático, algún camello entre las panoplias de anchos puñales de las pitas.

Y el hombre va desapareciendo, y con él, la mujer de velado rostro. A ambos lados de la carretera de Macher y Yaiza, por donde rueda el turista sobrecogido, la armazón rocosa de la tierra estalla y rompe la despellejada costra como el costillar de un animal sacrificado. Y un silencio sin dimensiones vase acumulando, opresor: una bóveda de silencio que asienta sus pilares en el corazón del viajero. La tierra misma se volatiliza: tan sólo lava, un oleaje congelado de lava, cual una coraza de cobre abollada a martillazos, y a diestro y siniestro, un circo de pliegues de terreno se asemeja a los que el telescopio descubre en la Luna. El peregrino llega a la montaña de

Fuego; bajo sus pies, el suelo palpita imperceptiblemente con un rumor de tambores lejanísimos; bastaría cavar un dedo de tierra y en el hornillo natural así fabricado podríase cocer, por ejemplo, un huevo. En el reino mismo del fuego, en la garganta de los volcanes, el mar se infiltra. Los barrancos de peñascos se cortan entre sí: cañones angostos cual naves de catedrales derruídas, grietas insondables, conos, cráteres, valles; materiales de construcción del planeta, abandonados. Los picachos desgarran el cielo en los valles, de quietud de losa, donde los vientos se han llevado jirones de tierra y de lava; las más extrañas figuras, verdaderos monstruos goyescos, eternizan sus gestos en un horno de colores. Ni una planta, ni un ala, ni una respiración, nada más que el silencio que lo cubre todo con su campana de cristal, en la que el turista advierte conmovido que el latido de su corazón alcanza vibraciones inmensas.»

ISLAS MENORES

Se hallan agrupadas al término municipal de Teguiise (Lanzarote). La isla *Graciosa* es la mayor; separada de Lanzarote por un brazo de mar conocido por el nombre de *El Río*. Tiene forma de meseta y su terreno es parecido al de Lanzarote.

Montaña Clara, a poco más de un kilómetro al noroeste de Graciosa, es muy montañosa. En tiempo propicio, sus únicos habitantes son algunas familias de pescadores.

Roque del Oeste, o *Roque del Infierno*, es una pequeña mole basáltica, situada entre *Montaña Clara* y *Alegranza*.

Roque del Este, al este de Graciosa, con su picacho, pájaro inmóvil y expectante, de *El Campanario*.

Alegranza, localizada a once kilómetros al norte de *Montaña Clara*. Su único lugar habitable es el *Faro de Alegranza*.

ISLA DE FUERTEVENTURA

La mayor de las islas del archipiélago, después de Tenerife. Situada al sur de la de Lanzarote y al estenordeste de la de

Gran Canaria, a unos cien kilómetros de la costa africana.

Su perímetro es bastante regular; exis-

ten, sin embargo, algunas puntas, playas y bahías de fácil acceso.

La isla suele considerarse dividida en dos partes muy desiguales: la del norte, la mayor, conocida con el nombre de Fuerteventura o Majorata; la del sur, mucho más pequeña, llamada de Jandía, la cual constituye, en realidad, una península, pues está unida a la otra parte del terreno por un istmo de unos cinco kilómetros de ancho.

Fuerteventura, en verdad, no se beneficia en nada del remoquete de *Afortunada*. Toda ella es desolación y abandono. Comida por los vientos del desierto, el aire del Sahara se precipita sobre ella ardiente y fiero.

Don Miguel de Unamuno la llamaba *isla acamellada y esquelética*. Se pueden andar leguas y leguas sin encontrar un árbol ni una gota de agua. Sin embargo, «¡Estas soledades desnudas —añadía Unamuno—, esqueléticas de esta descarnada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra,

entrañas rocosas que surgieron del fondo del mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed! ¡Y qué hermosura! ¡Sí, hermosura! Claro está que para el que sabe buscar el íntimo secreto de la forma, la esencia del estilo, en la línea desnuda del esqueleto, para el que sabe descubrir en una calavera una hermosa cabeza.»

Sólo el ingenio de sus habitantes, pescadores de las *gusias* (grandes depósitos donde almacenan las aguas de los barrancos), es capaz de hacer fructificar estas resacas tierras y hasta hacerlas producir estimables cosechas.

La capital de la isla es *Puerto de Cabras*, lugar con ayuntamiento, de 4.000 habitantes y cabeza de partido judicial.

Otras localidades son: Antigua, Betancuria, La Oliva, Pajara, Tuinaje...

A corta distancia de la costa norte de Fuerteventura se encuentra la *Isla de Lobos*.

BREVE IMPRESION DE LA ECONOMIA DE LAS ISLAS

Se puede resumir bastante acertadamente la vida económica de las islas Canarias con sólo señalar los aspectos agrícola y comercial de las mismas, ya que a estos dos factores se supeditan todos los demás.

La agricultura, pese a todos los agravantes de sequedad y deficiencias de algunos terrenos, es la base económica más importante. Las excelencias del clima permiten una sucesión de cosechas interminables, sólo necesitadas de una constante fertilización artificial.

La agricultura canaria abastece a su mercado interno y, al mismo tiempo, se vuelca sobre los mercados del exterior. Los plátanos y los tomates, las vitaminas con-

centradas en esos deliciosos frutos, son consumidos por los más diversos países de Europa.

Entre los cultivos dedicados al consumo interior se encuentran, en primer término, los cereales. El *gofio*, alimento básico del pueblo canario, se obtiene del trigo en las islas occidentales y del maíz en las orientales. Junto con el *gofio* también se consume dentro de las islas las papas, o patatas; pescado salado, la leche y el queso, principalmente.

Además del trigo y el maíz, las Canarias producen cebada y centeno. Son abundantes las cosechas de habas, algarrobas, lentejas, judías, guisantes, garbanzos, al-

tramuces, cebollas, batatas, boniatos, etc. En cuanto a la vid y sus productos, tengamos en cuenta que los vinos canarios, de alta graduación, son muy estimados en todos los países hispanoamericanos.

El plátano de Canarias es mundialmente conocido. Se cría en pequeños arbustos, de una prodigalidad verdaderamente asombrosa.

Los árboles frutales reparten sus frondosas ramas y apetitosos frutos por doquier. Ya hemos dicho, al hablar del clima y al recorrer las islas, que se dan en estas tierras frutos de todas las clases.

Entre las hortalizas, la mayor producción corresponde al tomate; luego le siguen las lechugas, pimientos, berenjenas, alcachofas, espinacas, calabazas, etc., sin que falten los tropicales ñames, bubangos y chayotas.

Entre las plantas industriales, junto al tabaco, de sobra conocido y probado, la caña de azúcar, el nopal —con su importante producción de cochinilla—, el ricino, la pita, el henequén, la tabaida, la morera, el cafeto, etc.

La pesca y la industrialización de sus productos goza en Canarias de antigua tradición. Los guanches eran excelentes pescadores, y hacia el siglo xvi llegaron los pescadores canarios a familiarizarse con las costas de Africa. Actualmente existen gran número de factorías dedicadas a la pesca, salazón y conserva de los productos del mar.

La industria tabaquera canaria cuenta con más de medio centenar de fábricas. La refinación del petróleo importado y la industria química también goza de considerable desarrollo en estas islas.

El isleño, espíritu aventurero y andariego, hábil comerciante, busca todos los mercados y cuenta con una magnífica organización comercial que le permite colo-

car sus productos en los más apartado lugares. El mar es un poderoso auxiliar de la exportación canaria. Los caminos del mar conducen a todas partes, y a todas partes procura llegar el exportador isleño, para así conseguir la buena venta de sus productos agrícolas.

Aun podríamos hablar de otros factores que contribuyen a valorizar las cualidades naturales del archipiélago canario, como son la ganadería, la minería, etc., pero lo escrito es suficiente para que ustedes se hagan una idea del *todo* de estas tierras y de sus recursos de existir y permanencia.

Con los puntos tocados intenté cumplir con una grata misión: la de ir poniendo en prosa llana y familiar lo más interesante, en sus enfoques histórico-geográfico económico, de las islas Afortunadas. Pasemos ahora al capítulo de lo *noticiable* y *movido*.

LEYENDAS Y COSTUMBRES

Aquí vamos a dar cobijo a una serie de curiosidades interesantes, referidas a todas las islas del archipiélago canario.

Empecemos por decir algo de la isla fantasma, la «Non Trubada o Encubierta», de la que la prensa recientemente ha vuelto a sacar partido por obra y gracia de unos paisanos, curiosos oteadores del horizonte, y a la que se ha titulado *Isla Sirena*. La isla de San Borondón, que es igual que la bautizada con los nombres anteriores y alguno que otro más, «no deja descansar a los canarios desde el siglo xvi, o acaso antes».

Desde La Palma, la Gomera y Hierro se puede contemplar esta isla en determinadas épocas del año. Se sabe exactamente por dónde hace su aparición: al oessu-

dueste de La Palma y al oesnorueste de Hierro. «Son tantos los que la han visto, que negar su existencia sería demasiado. La isla se extiende de norte a sur; el centro aparece hendido por una profunda garganta y dos montañas se levantan en sus extremos.» Pese a las numerosas expediciones que en busca de esta isla misteriosa se hicieron, todo ha sido en vano. Nadie ha logrado pisar su suelo. La isla se ofrece a los ojos de muchos, pero ni uno solo ha conseguido alcanzarla. En ella, según cuentan, viaja San Borondón, o Balandrán, con siete obispos y otras tantas ciudades, «ceñida en guirnalda de aleluya por aves y peces de graciosa plumajería y escamas doradas».

Una deliciosa tradición oral asegura que:

*Trimenda mentira
nos metió el patrón,
quien siendo muy joven
mucho navegó
en la barca «Elvira»,
la que se perdió.*

*Tan brava y bonita
y se trabucó,
buscando la isla
que un fraile miró
frente a la Gomera
con todo claror.*

*El patrón contaba
cosas que inventó,
porque aquella isla
jamás la encontró,
ni vióla en su vida
ni a ella arribó.*

*Era la Encantada
que desapareció,
la negra ballena
del diablo mayor;
con los siete obispos
y el santo santón.*

*Boguen, compañeros,
que el viento rondó;
boguen compañeros,
que el viento salió,
y la mar nos tumba
sobre el caletón.*

*Boguemos ligeros
con fuerza y ardor,
que allá por los mares
la «Elvira» se hundió,
sin dar con la isla
de San Borondón.*

También se dice que no es arriesgado suponer que Cristóbal Colón, oyendo hablar de una tierra que aparecía y desaparecía, intentara localizarla y, andando en ello, diera con un nuevo mundo.

La isla de Tenerife alberga a la Virgen de la Candelaria, patrona del archipiélago. La Virgen de la Candelaria recuerda, ante todo, su misteriosa llegada a la isla y la conversión en masa de todo un pueblo sumido hasta entonces en las tinieblas de la idolatría. La leyenda nos cuenta:

«Finaliza un día del verano de 1391. Dos de los pastores del *mencey* de Guimar vuelven con su rebaño de cabras a la mansión de aquel rey guanche. De pronto, a la entrada del barranco que conduce a la gruta real, las cabras se detienen, rehusando avanzar. Uno de los pastores se adelanta intrigado y sus ojos descubren, erguida sobre una roca, a una mujercita que «con un niño al brazo derecho y con vestidos distintos de los que usan las mujeres de esa tierra, lo mira con fijeza». El pastor hace señas, pues les estaba prohibido dialogar con una mujer que se encontrase sola en lugar apartado, para que se aleje y deje pasar el ganado. Ella, empero, no se mueve. Monta entonces en cólera el primitivo y coge una piedra con ánimo de lanzársela a la intrusa. Mas he

aquí que su brazo queda paralizado en el acto.

»Llama espantado al compañero, narrándole lo acaecido. Este último se acerca a la mujercita, créela inanimada y, para cerciorarse mejor, se dispone a cortarle un dedo con su cuchillo. Entonces se percata de que la hoja no hace mella en aquella mano y que es de la suya propia de donde la sangre comienza a manar por ancha herida. Entonces todos echan a correr a la residencia del *mencey*. Informado del incidente, éste convoca a su Consejo, decidiendo todos personarse inmediatamente en la entrada del barrauco. Allí, los ancianos se quedan admirados del aspecto de la extranjera y opinan que se la debe llevar a la cueva misma del *mencey*. Sí, pero ¿quién se encargará de ello...? Puesto que los pastores descubridores de la dama han probado ya sus iras, lo natural es que se expongan de nuevo a ellas. Temblando se acercan, y, ¡oh prodigio!, la mujer no ofrece resistencia alguna, sino que el brazo paralizado recupera su flexibilidad y la sangre de la herida deja también de correr. Tal fué el primer milagro de la Virgen de la Candelaria.»

Mundialmente conocido es el día del Corpus en la Orotava. En este día las calles por donde tiene que pasar la procesión se ven altombradas de flores. Es una viva actividad, pintoresca y general, la que despliegan los vecinos, afanándose y esmerándose por el adorno de las calles. Matices varios y brillantes, *cuidadosamente repartidos*, saltan a cada paso. De todos los jardines de la Orotava se recogen cestos de flores, cargas de fragantes y olorosas rosas de todas clases, las cuales son deshojadas. En las calles se apiñan los pétalos de flores el día anterior a la fiesta, como luego el gentío en el desfile de la procesión.

Al amanecer del día del Corpus, los encargados de confeccionar los artísticos tapices callejeros colocan sus patrones, diseños o moldes de tabla y cartón, para empezar el trabajo. Primeramente, son puestos los patrones sobre una capa de verde césped; luego, los pétalos de las flores, convenientemente clasificados, van llenando los huecos que ofrecen estos moldes; una vez conseguido e igualado el dibujo se retiran, con lo que queda concluida la labor artística.

Por regla general, estos primores florales ocupan todo el ancho de la calle, excepto las aceras, dejando unos trechos para que el público pueda cruzar sin miedo a estropear el alfombrado.

Los dibujos que representan suelen ser diferentes y combinados: a base de rose-tones, emblemas litúrgicos, alegorías, etc.

Cuando la alfombra fué acabada se la riega amorosa y cuidadosamente para que adquiera brillo y frescor de auténtico cuadro de jardín, hasta que sale la procesión. Mientras tanto, el gentío no deja de pasar, admirándolas y deleitándose con su vista.

La vida de estas alfombras es efímera. Acabada la procesión, el público, que anteriormente tanto cuidado puso en no estropearlas, irrumpe en las calzadas pisoteándolo todo, con lo que los pétalos de flores y los adornos desaparecen borrados en un sólo momento. Esta costumbre se observa, según dicen, al mismo tiempo que en la Orotava, en una aldea perdida en un apartado valle de la gentil Italia.

De estas descripciones de leyendas y costumbres pasamos al rápido ofrecimiento de una serie de particularidades de las islas, muy oportunas para su total conocimiento. Nos referimos a cómo son las viviendas, cómo visten, cómo se comportan, cómo se alimentan y cómo se solazan y recrean los canarios.

Las aglomeraciones urbanas se parecen mucho a las de la región andaluza, tal vez por el gran porcentaje de andaluces que intervinieron en su colonización. En su mayoría, las casas no tienen más de dos pisos. Poseen un bonito patio central repleto de flores. Las casas antiguas cuentan con preciosos balcones y rejas de madera ricamente talladas. En los pueblecitos, las casas no suelen tener más de una planta. Las chozas de los pastores tienen el techo formado por cañas y esteras. En Gran Canaria existen cuevas montadas con el máximo confort.

La *cobija* es la prenda más típica en el vestir. La *cachorra* es una especie de sombrero flexible. El traje de labrador consta de calzón corto, algunos muy anchos; camisas con botones del mismo lienzo, chalecos de colores, faja y cachorra o montera.

En Gran Canaria, la mujer usa mantilla blanca. Si llueve se cubre con una especie de hábito de monje, de grueso paño, con aberturas para los brazos y un fuerte capuchón.

El *majo* palmero vestía levitón de paño azul, con faltriqueras hacia afuera y en forma de media luna; zapatos blancos de cuero, polainas, camisa con botonadura de oro, calzoncillo ancho hasta la rodilla, con bordados y calados, encima del cual ponía calzón corto de terciopelo azul. Los botones eran de plata. El chaleco, como el calzón, también estaba confeccionado de terciopelo azul.

En los bautizos rige la costumbre del tratamiento de *usted* entre los padres y los padrinos, aunque éstos sean parientes de los más cercanos.

En los duelos es *mal visto* ver salir humo de la chimenea de la casa del muerto antes de haberse cumplido los ocho días del fallecimiento. Tampoco se *autoriza popularmente* el que los deudos del finado coman

alimentos condimentados en cocina. No debe *hacer humos* ninguna chimenea mientras dure esta especie de duelo recogido y tradicional.

Como es muy posible que más de un lector se interese de cómo se cuidan los canarios, qué platos son sus preferidos o cuáles son sus debilidades culinarias, no está de más ir dejando en estos renglones constancia de ello.

La cocina canaria tiene, como todas las cocinas regionales, sus particularidades localistas. Es parecida a la andaluza, pero con matices y puntos propios. De Canarias partieron, rumbo a los países hispanoamericanos, recetas de cocina que han tomado naturaleza allá. No es raro encontrar por aquellas tierras preparados gastronómicos con cuño canario.

El *puchero canario*, o cocido, es una variante del que tanto se consume en todas las partes de la Península. Se cocina o elabora en olla de barro vidriado. Además de sus ingredientes naturales y comunes, éste lleva un majadillo de ajo y especias y una espiga de maíz tierno.

En las bodas es plato obligado el *puchero de siete carnes*, capaz de resucitar a un faquir, y en el que entran en su composición productos de siete reses y aves diferentes.

El *gofio* es el bocado canario más conocido en el mundo; conocido, pero no probado. El forma parte de esa constelación de nombres oídos que todo el mundo escucha y que por ellos se localiza un punto geográfico determinado del globo. Es curioso y aun más cierto que a cualquiera que se le habla de las islas Canarias lo primero que recita es: «Allí se come *gofio*, se viaja en la *guagua* y se cantan *folías*.» Te dicen esto, aunque no sepan dónde se pueden localizar estas maravillas, dónde se puede uno tropezar con estas islas.

Otros platos canarios de altura y rango son los *tollos*, las *javeadas*, el *sancocho*, el *frangollo* y los dulces llamados *alegrías*, estos últimos haciendo juego con las *raspaduras* y *tirijalas*.

Es sabido que el guanche, antiguo poseedor y habitante de estos contornos, tenía un concepto muy apreciable del ritmo y de la danza. En fiestas solemnes y en ceremonias importantes, el canto y el baile eran motivos centrales. Sus canciones tenían una dulzura y una melancolía especial. El rumor de la brisa, esa brisa que decora cualquier escena guanche, el arrullo del mar y el perfume de la floresta son partes o ingredientes que saltan al oído cuando se escucha una de esas cadencias isleñas.

El actual canario, al nacer, ya empieza a familiarizarse con las tonadas de su patria. El *aroró* es su canción de cuna. La melodía que acaricia sus primeros sueños es dulce y tierna como un respirar de pájaro o planta.

La *folía*, quejumbrosa y doliente. Terriblemente expresiva y melancólica. Canto muy popularizado. A cualquier mediano conocedor de nuestro rico folklore le son familiares algunas de sus letrillas. ¿Quién no conoce aquella que dice: «Todas las canarias son — hijas del Teide gigante...»?

Por esos escenarios y por esas tierras de Dios las *isas* son escuchadas con verdadera complacencia. La *isa*, a mi modesto entender, es la contraposición de la *folía*. Es aguda e irónica. Es el otro platillo de una musical balanza. De esa balanza que produce en nosotros un movimiento involuntario de intensa y gratísima emoción.

Los bailes de más carácter, de fuerza más arraigada, más autóctonos, son: la *isa*, el *tajaraste*, el *serinoque* y las *folías*. Escuchando y viendo estas manifestaciones artísticas, temperamentales, se llega a conocer mejor el espíritu de este pueblo,

encasillado entre olas y levantado entre palpar de volcanes. Con ello se olvida uno de cuanto pueda ser áspero y duro, hiriente y desagradable.

En Canarias está muy desarrollada la artesanía. De siempre el canario figuró en puestos destacados en esta modalidad laboral. Los artesonados de sus construcciones, los calados de sus rejas y balcones y la confección de prendas y bordados han servido de muestras concluyentes para demostrar a todo el mundo cómo se esmera y trabaja el artesano insular. Ningún visitante de estas islas abandona estos lares sin portar en su equipaje algún recuerdo. Ya sea un cuchillo de mango trabajado y bruñido, ya sea la pieza de tela bonitamente adornada y festoneada o ya sea también la paciente figura tallada de ese animal amigo de las arenas y las soledades, auxiliar del hombre en sus faenas de carga, conocido con el nombre de *dromedario*.

La danza, el baile, la artesanía, etc., son motivos que arrastran y prenden en cualquier curioso catador de ambientes. Son ayudas que recibimos para luego poder hablar de las condiciones que adornan a los nativos de este o aquel país. Con ellas parece que nos integramos dentro del familiar círculo nativo. Pudiendo así ser dueños, aunque sólo sea momentáneamente, de matices y formas de unos seres que viven y sienten dentro de nuestro mismo mundo. Conocer y dialogar es establecer una pasarela de vínculos duraderos. El que viaja e inquiera se va buscando a sí mismo. Incluso tal vez despierta en un paisaje amigable o en un camino fraterno. Pero esto, amigo lector, es piedra de otro molino.

Es cierto que nos vamos acercando al final de nuestro viaje. La tierra, el mar o el aire se nos tienen que dar por vencidos. Por mucho que paseemos, por mucho que trajinemos, el horizonte llega a quedarse-

nos chico, sobre todo si el horizonte se recoge y se cerca, como una pieza de caza, en un partir y llegar, en un límite.

Antes de terminar me gustaría poner unos renglones dedicados exclusivamente a la mujer canaria. Permitidme que, sin pecar de muy lírico o sensitivo, ponga unas letras sobre este tema. «La mujer canaria —ha dicho un escritor— es como una planta de jardín: flexible, hermosa y suave. La cadencia en el hablar, la finura en el vestir, la gracia, palmeral con brisa, en el pisar, son virtudes innatas en ellas. Su belleza, heredada tal vez de esas princesas o sacerdotisas guanches de que nos habla la historia y la leyenda, es proverbial. Su ternura y bondad han dejado huella honda y durable en cuantas ocasiones fueron precisas. Recordemos las gestas de los primitivos canarios luchando contra el invasor; recordemos las distintas aventuras bélicas, de asedio y resistencia por que pasaron a lo largo de la Historia, y forzosamente tendremos que proclamar que, junto con la belleza y la dulzura, las canarias poseen bondad, ternura y entereza auténticamente brava.»

DEPORTES Y DIVERSIONES

Los canarios son buenos deportistas. Los deportes que más practican y en los que tienen figuras sobresalientes son en los deportes del agua. Excelentes nadadores, expertos marinos, no descuidan ningún deporte cuyo elemento sea el agua. En Las Palmas de Gran Canaria la pesca submarina como deporte tiene muchos prosélitos. La *cantera* canaria dentro del *gran deporte colectivo*, del fútbol o balompié, es inagotable y rica. Raro es el equipo de primera o segunda división que no cuente en sus líneas con algún jugador canario.

La agilidad, destreza y fuerza del isleño se pone de manifiesto en la *luchada*, o lucha canaria, deporte de gran belleza y de una corrección insólita.

Gran afición sienten en las islas por las famosas *luchas de gallos*. Los locales donde se celebran se ven repletos de público, y es entretenido observar, como espectador de todo el conjunto, la pasión que ponen estas gentes ante un espectáculo tal. Comarcas y pueblos enteros fijan sus más *hondos sentires* en la arrogancia de un gallo, en el triunfo de un espolón con sus colores.

PUNTO FINAL

No es el epílogo obligado. No es la rúbrica que cierra el escrito. Es un punto final, un alto en el camino. De Canarias hay mucho que hablar siempre. Canarias es un tema que no se agota. Es como la propia tierra: siempre dando fruto y nunca acabada.

Desde estas páginas hago un llamamiento al español viajero, al español interesado por descubrir rutas y abrir senderos dentro de su propia Patria. Hay que recorrer nuestro paisaje, nuestras provincias. Hay que familiarizarse con la tierra nuestra, con los árboles nuestros, con los ríos nuestros. El valle, la montaña, la llanura, el desfiladero, la playa y el puerto, todo cuanto se agrupa y personaliza en un concepto tan vivo y entrañable como es Patria, debe ser conocido, compulsado y sentido de cerca por cada uno de nosotros.

El deseo de viajar, moverse, trasladarse de un punto a otro, está hoy muy en su momento y extendido. Cada cual siente el impulso de salir hacia aquel país, aquella región, aquel lugar. Una necesidad de airearse y purificarse es la que ponemos como justificación a nuestra salida. No es

la curiosidad la que nos empuja, ni el deseo de coleccionar paisajes; es la ansiedad de tonificarnos y oxigenarnos. Pues bien, queridos lectores, hay que propagar, aunque sólo sea por propio egoísmo, las excelencias de nuestros rincones y lugares. No estaría de más, sin que esto suponga hacer propaganda turística más o menos comercial, proponer a cada español un

destino o paisaje adecuado para su gusto, su bolsillo y su salud. «Recorra, palmo a palmo, España y encontrará lo que tanto tiempo estuvo buscando por tierras extrañas, con la ventaja de que no sale de su casa y, además, no necesita de intérprete alguno.» Con este párrafo de auténtica redacción de agencia de viajes cerramos nuestro *Canarias: islas Afortunadas*.

INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Proemio | 3 |
| Bosquejo geográfico | 4 |
| La historia es así | 5 |
| Isla de Tenerife | 9 |
| Isla de La Palma | 9 |
| Isla de la Gomera | 15 |
| Isla de Hierro | 16 |
| Isla de Gran Canaria | 17 |
| Isla de Lanzarote | 19 |
| Islas Menores | 20 |
| Isla de Fuerteventura | 20 |
| Breve impresión de la economía de las islas. | 21 |
| Leyendas y costumbres | 22 |
| Deportes y diversiones | 27 |
| Punto final | 27 |

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, Suerte y al Toro.
N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
N.º 3.—Artesanía,
N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
N.º 5.—El Crucero "Balears".
N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
N.º 7.—Conquista por el terror.
N.º 8.—España en los Altares.
N.º 9.—La Gesta del Alto de los Leones.
N.º 10.—Ex combatientes.
N.º 11.—La Batalla de Teruel.
N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo.
N.º 13.—Residencias de Verano.
N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
N.º 15.—La Batalla del Ebro.
N.º 16.—Clima, Suelo, Agricultura.
N.º 17.—Eliminados.
N.º 18.—La Batalla de Brunete.
N.º 19.—La industrialización de España.
N.º 20.—La casa tradicional en España.
N.º 21.—General Yagüe.
N.º 22.—Museos.
N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada.
N.º 24.—Frentes del Sur.
N.º 25.—División Azul.
N.º 26.—Donoso Cortés.
N.º 27.—Regeneración del preso.
N.º 28.—La "Semana trágica" de Barcelona.
N.º 29.—Calvo Sotelo.
N.º 30.—Bordados y encajes.
N.º 31.—Seis poetas contemporáneos.
N.º 32.—El General Mola.
N.º 33.—Mapa gastronómico.
N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas.
N.º 35.—"Yo, e vino".
N.º 36.—El teatro.
N.º 37.—Victor Pradera.
N.º 38.—El Alcázar.
N.º 39.—Onésimo Redondo.
N.º 40.—Ciudades de lonc.
N.º 41.—Nuestro paisaje.
N.º 42.—Fray Junípero Serra.
N.º 43.—Pedro de Valdivia.
N.º 44.—Andalucía.
N.º 45.—Marruecos: El Protectorado español.
N.º 46.—Agricultura y Comercio.
N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos.
N.º 48.—Balears.
N.º 49.—El comunismo en España.
N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja.
N.º 51.—Navarra.
N.º 52.—Cataluña.
N.º 53.—La Marina Mercante.
N.º 54.—Las "Checas".
N.º 55.—El mar y la pesca.
N.º 56.—Rosales.
N.º 57.—Hernán Cortés.
N.º 58.—Españoles en Argelia.
N.º 59.—Galicia y Asturias.
N.º 60.—Leyes fundamentales.
N.º 61.—Medicina del Trabajo.
N.º 62.—El cante andaluz.
N.º 63.—Las Reales Academias.
N.º 64.—Jaca.
N.º 65.—José Antonio.
N.º 66.—La Navidad en España.
N.º 67.—Canarias.

APARECERAN PROXIMAMENTE

El bulo de los caramelos.
Rutas y caminos.